



## LA EDAD DE ORO

## 30.—Las gaviotas.

Las gaviotas siguen el arado. Cuando éste camina, bajan al surco; cuando se detiene, se levantan en un tumulto de alas y de gritos. Son las aves de los puertos. Caen al agua y surgen llevando en el pico un pececillo palpitante, que sobre su pecho negro brilla al sol como un aderezo. Giran alrededor de las inmóviles velas de los navíos cargados de arena dorada y de frutas bermejas. De los navíos que parecen grandes murciélagos caídos con una ala abierta.

Pero son también las aves de los campos. Y cada mañana vienen de la aurora a seguir el arado silencioso.

Primero son tres, luego diez, luego tantas, que se diría que tiene el arado un dosel de alas. Caen tan suavemente que están en el suelo y tienen todavía las alas abiertas. Pero en el suelo arrastran la lentitud de los cisnes.

Los grandes terrones de gleba húmeda vuelta al sol, están llenos de gusanos. Los hay de todos los matices: los blancos y anillados como rizos de niñas rubias, los rojizos como manchas de herrumbre en el rostro de una estatua. Y todos brillan al modo de piedras preciosas. Entonces las gaviotas se arrojan al surco en tropel y hacen festín.

El hombre del arado se vuelve y hace gritar en el aire el látigo con que apresura los caballos unidos a la herramienta triptolémica.

Las gaviotas se levantan en bandadas, pero pertinaces, vuelven a caer sobre la tierra que empieza a exhalar un humo sutil en los rayos del sol.

Como se ara un campo que fué de batalla, a veces el arado rompe la espalda verde de un guerrero muerto. Entonces el labrador, sin asombrarse del horrible hallazgo, cruza las manos sobre el pecho y reza.

La paz campesina es también como una plegaria recitada sin cesar sobre los corazones sencillos.

Aun no se ha dado vuelta y ya las gaviotas se arrojan sobre el soldado muerto. Tiene un pueblo entero de gusanos palpitando en el flanco. Y son tan menuditos que parecen dientes de niño. Las gaviotas hacen fiesta. Caen unas sobre otras como las hojas que el viento amontona en los rincones de los jardines.

Una gaviota dice:

—Es un hombre, lo sé. El del arado debe tener como éste, muchos, muchísimos gusanos. ¿Lo asaltaremos?

—No, dice otra, este es un muerto. Ved qué silencioso

está. El hombre del arado no tiene gusanos: le he oído cantar.

Sí, la gaviota ha oído la plegaria del labrador.

ENRIQUE BANCHS.

(El Monitor de la Educación Común, Buenos Aires).

## 31.—Las flores

He asistido a una clase de botánica. Uno de los pequeños tenía una hermosa flor, un blanco lirio. El niño decía: —Tiene rizoma carnoso, muchas hojas dispuestas en forma de abanico de color verdeglauco, la flor es blanca con venas azules, el perigonio es corolino, gamopétalo, los estambres están en el tubo del perigonio y ocultos debajo de los estigmas, el gineceo, etc. Y mostraba todas las partes que iba enumerando. Era sin duda uno de los alumnos más aprovechados. Después se habló del lirio azul, *iris germanica*. Pude ver que asistía a una buena clase. Pero, con todo, yo me dije: —Tú la harías tal vez de otro modo; todo no sería rigurosamente científico; mas, aparte, podrías enseñar algo provechoso para el corazón.

Acordáos que el señor Jesús puso también como ejemplo a los lirios del campo y a los pájaros: «Mirad a las ave-citas del cielo que no siembran ni cosechan y a los lirios del campo que no tejen ni hilan». Y dijo lirios para mostrar a todas las flores cuyas espléndidas túnicas (porque así, espléndidas son hasta las de las humildes que se ostentan con puro recato en la maleza) no se han tejido en los telares ni las ha bordado una mano habilidosa. Así tan hermosas se han puesto solas; es decir, la madre tierra les ha dado cuanto necesitaban, y el sol, el aire y el rocío han hecho lo demás. Y no están orgullosas por ir tan bien ataviadas, al contrario, en su inocencia y en su sencilla discreción está su placer.

Sin duda que nadie puede imitar la hermosura de las flores, ni la de uno solo de sus pétalos más humildes, ni con la seda más sutil, ni con el oro más delicado, ni sus colores con las pedrerías del más nítido oriente. Pero yo no digo que estéis lejos, o imposibilitados, de pareceros a ellas. ¿Creéis que las flores tienen alegrías? ¿Por qué no podrían tenerlas? Yo creo que

## La única esperanza,

Por Bagaría.



—Ya ves, hay señores que se oponen a que nos hagan jardines para jugar.

—Tendremos que esperar a ser mayores y poder jugar en los casinos.